



Evacuados en el interior de un avión C-17 Globemaster III © Chris Hebert / Fuerza Aérea de EE.UU. via The New York Times

La caída de Kabul A Geopolitical and Cultural Tragedy

El desastre geopolítico de Afganistán es también una tragedia cultural. Tras la caída de Kabul el 15 de agosto, las imágenes de afganos aferrándose a los aviones en marcha o apiñándose en sus bodegas pusieron la atención del mundo en la catástrofe humanitaria, porque esas multitudes en fuga transmitían sin palabras el pánico ante la barbarie talibán. El caos de la evacuación subraya la humillación de Estados Unidos y de la OTAN, un punto de inflexión histórico que marca el declive de Occidente y sus valores, del espíritu de la Ilustración a la democracia liberal, y hace visible la incapacidad de Washington para ejercer el liderazgo global: tras veinte años de ocupación, el régimen corrupto impuesto por los ejércitos extranjeros se ha derrumbado sin apenas oponer resistencia, y en el país se ha instalado una teocracia violenta que somete a las mujeres, niega todas las libertades y no exporta sino refugiados y heroína.

A los mujahidines armados por Estados Unidos en los años 80 para debilitar a la Unión Soviética se sumaron en los 90 los estudiantes de las madrasas paquistaníes, para llegar a gobernar entre 1996 y 2001 un territorio tribal disputado desde hace siglos por las grandes civilizaciones que lo rodean —rusos, persas e hindúes—, vinculado a China por la Ruta de la Seda, y que ha visto fracasar a varios imperios en su geografía abrupta. Los talibanes que ahora vuelven al poder son los que protegían a Bin Laden y Al Qaeda, y los mismos que volaron los Budas de Bamiyán, así que no es fácil creer en sus actuales promesas de moderación, asegurando que no darán refugio a terroristas y garantizarán el derecho a la educación y el trabajo de la mujer; pero también es cierto que son menos corruptos que el régimen precedente y que su plácida toma de las ciudades les otorga la legitimidad que ya han reconocido Moscú o Pekín.

Si el 11-S provocó la intervención estadounidense y el final del gobierno talibán, ese mismo año 2001 está marcado en Afganistán por otra fecha de infamia, el 2 de marzo que vio iniciarse la demolición de los Budas del valle de Bamiyán: las colosales estatuas, talladas en la roca de un acantilado hace 1.500 años, fueron destruidas al juzgarse ídolos contrarios al Corán, pese a haber sido respetadas por diferentes invasiones islámicas, y pese a los esfuerzos de persuasión de los países más próximos al régimen —Arabia Saudí, Emiratos y Pakistán—, que señalaron el valor para Egipto de los monumentos de culturas anteriores a la musulmana. Hoy, los nichos vacíos de los Budas hacen dudar del compromiso talibán en proteger «todas las reliquias y antigüedades», y de hecho ya se ha iniciado una campaña de limpieza cultural, decapitando estatuas y demoliendo construcciones islámicas contrarias a su ortodoxia.

En la última etapa, el conglomerado internacional que ha tutelado el país procuró invertir en el ámbito de la cultura, con éxito desigual. Alemania financió un proyecto de reconstrucción de los Budas, pero sin frutos tangibles; India exportó su experiencia democrática construyendo el nuevo parlamento, una obra de ecos kahnianos y deplorable detallado posmoderno coronada por una monumental cúpula de bronce; y el Aga Khan Trust for Culture rehabilitó un centenar de edificios y conjuntos patrimoniales, entre los cuales la ciudad vieja de Kabul, la ciudadela de Herat o los jardines de la tumba de Babar, el fundador del imperio mongol: empeños todos sobre los que hoy se proyectan las sombras de una dictadura religiosa identitaria, ignorante de la pluralidad de culturas que ha transitado por este cruce de caminos milenario entre Oriente y Occidente, entre el subcontinente indio y las estepas del Asia Central.

Luis Fernández-Galiano



The geopolitical disaster of Afghanistan is also a cultural tragedy. After Kabul fell on 15 August, the images of Afghans clinging to airplanes in motion or packed tight together in cargo holds drew the world's attention to the humanitarian crisis, because these multitudes on the run convey well the panic provoked by Taliban barbarity. The chaos of the evacuation highlights the humiliation of the USA and NATO, a historic turning point marking the decline of the West and its values, from the spirit of the Enlightenment to liberal democracy, and exposes Washington's incapacity to wield world leadership: after twenty years of occupation, the corrupt regime imposed by foreign armies has collapsed without a fight, giving in to a theocracy that oppresses women, denies freedoms, and exports refugees and heroin.

The Mujahideen armed by the USA in the 1980s to debilitate the USSR were joined in the 1990s by students of Pakistani madrasas to govern from 1996 to 2001 a tribal territory disputed for centuries by the great civilizations that surround it, and which has seen many empires tumble in its abrupt geography. The Taliban now back in power are the same who sheltered Osama bin Laden and Al Qaeda, the same who blew up the Bamiyan Buddhas, so it is hard to give credence to their current promises of moderation, whether to not provide a haven for terrorists or to guarantee women's rights to study and work; but it is also true that they are less corrupt than the preceding regime and that their easy takeover of cities has given them the legitimacy that both Moscow and Beijing have already recognized.

If 9/11 triggered the American intervention and the end of Taliban rule, that same year 2001 is marked in Afghanistan by another infamous date, the 2 March that saw the start of the demolition of the Buddhas: the giant statues, carved into a cliff 1500 years ago, were destroyed because they were judged to be idols violating the Koran, despite having been respected by different Islamic invasions, and despite being reminded by allies of the importance given in Egypt to monuments of cultures preceding the Muslim one. Today, the empty niches of the Buddhas make us doubt the recent commitment of the Taliban to protect "all relics and antiquities," and a campaign of cultural cleansing has indeed already begun, beheading statues and razing Islamic constructions that contradict their orthodoxy.

The international alliance that has been present in the country tried to invest in culture, to varying degrees of success. Germany financed a project to reconstruct the Buddhas, with no tangible fruits; India exported its democratic experience building the new parliament, a work with Kahnian echoes and postmodern details, crowned with a monumental bronze dome; and the Aga Khan Trust for Culture refurbished a hundred heritage constructions and complexes, including the old city of Kabul, the citadel of Herat, or the gardens of the tomb of Babar, founder of the Mughal Empire: endeavors over which loom the shadows of a religious dictatorship at odds with the plurality of cultures that has characterized this timeless crossroads between East and West.